

Mil imágenes a orillas del Mediterráneo

La aportación de un puñado de artistas geniales, la trasmisión popular y la imagen mediática son factores que han moldeado la Barcelona contemporánea. Y que siguen influyendo decisivamente en los creadores del presente. ¿Cuáles son los signos culturales que dominan en este lugar y en esta realidad, y que también interpelan a Alex Trochut?

Barcelona habla a Alex Trochut. Es su entorno de vida y de trabajo y, aunque reconozca que no tiene demasiado tiempo para ver cosas, es, más que un espacio, una atmósfera cultural muy influyente. Y no sólo en términos de actualidad; también la historia se deja sentir, con su constelación de manifestaciones artísticas y el legado de imágenes que han ido dejando sus creadores. Un legado que es moderno y arcaico a un tiempo, que es elitista y popular, rupturista y surgido de la tradición, global y “ultralocal”, según la palabra acuñada por Salvador Dalí. En suma, es una herencia que contiene toda la contradicción de un mundo en permanente cambio. Los límites cronológicos de esa influencia son imprecisos, aunque quizá su principal fuerza se irradia durante el primer tercio del siglo XX. El carácter transformador de aquel momento social y cultural sigue siendo válido para entendernos y representarnos, precisamente porque es una etapa en la que surgen y se fusionan todos los indicios de la complejidad contemporánea.

Para Alex, como seguramente para cualquier barcelonés, este cimiento es una amalgama inconcreta de cuadros, fotografías, letras y tópicos históricos. Y es una cuestión de piel, de emoción, de expresividad. Existe una noción que, aún siendo incompleta, parcial y en muchos casos inexacta, engloba este conjunto de percepciones sobre la propia imagen colectiva: la mediterraneidad. Un concepto arbitrario y estereotipado, que no obstante posee una robustez imparable. Lo mediterráneo nos inunda pero nos explica. El poeta Federico García Lorca lo describe insuperablemente en una carta enviada a un amigo granadino, tras su estancia en Barcelona en 1927: “Allí está el Mediterráneo, el espíritu, la aventura, el alto sueño de amor perfecto. Hay palmeras, gentes de todos los países, anuncios comerciales sorprendentes, torres góticas y un rico pleamar urbano hecho por máquinas de escribir. ¡Qué a gusto me encuentro en Barcelona, con aquel aire y aquella pasión!”

El mediterraneismo

Para entender de dónde procede la exaltación de lo mediterráneo nos remontamos a los primeros años del siglo XX, época crucial de cambios sociales y estéticos. La cultura española –de hecho, el país en todas sus dimensiones– se debate por entonces entre el deseo de una modernidad que nunca había llegado a cuajar y la ansiedad derivada de la pérdida definitiva del papel de potencia internacional. Se trata de una crisis de identidad profunda, que vendrá marcada por la tensión entre las tradiciones y el progreso, entre la decadencia y la voluntad renovadora. En este contexto de transformación acelerada, los

creadores visuales españoles recibirán las corrientes culturales del exterior con mayor intensidad que nunca.

En Barcelona, y en toda Cataluña, el carácter marcadamente industrial que tiene la sociedad lleva al extremo todas las tensiones. Con el nuevo siglo, el Modernismo deja paso a un movimiento radicalmente opuesto, el *Noucentisme*, cuyo programa regeneracionista abarca tanto las artes como la política. Este nuevo proyecto estético se inscribía en una corriente europea de retorno al clasicismo, presentado como valor consustancial de la identidad catalana. El elemento central de esta esencia era el mediterraneismo, entendido como la expresión más diáfana de la pertenencia de la cultura local a la tradición grecolatina. En la formulación de un arte de signo mediterraneista participaron muchos creadores de todas las disciplinas. Desde el teórico y literato Eugenio d'Ors hasta los pintores Joaquín Torres García, Joaquim Sunyer y Julio González, pasando por escultores como Josep Clarà.

A partir de 1915, justo cuando el *Noucentisme* alcanza su cénit –e inicia una lenta disolución–, eclosionan las vanguardias, representadas en Barcelona por los dadaístas Francis Picabia y Arthur Cravan, y por el ultrismo de Rafael Barradas. La convivencia de estos nombres, y su aparición en un contexto aún marcadamente mediterraneista, muestra que la modernidad hizo posible una identidad artística múltiple y una simultaneidad de estilos, incluso en un mismo creador. Las diferentes opciones artísticas, que configuraron un mosaico de vocación experimental y rupturista, se dieron cita en la famosa exposición de la galería Dalmau, en 1917, que abrió un camino definitivo para la comprensión de todo el arte nuevo.

Los tres grandes

Desde la época de algunos pioneros modernistas, París había sido un imán creativo para muchos artistas españoles que, a su vez, reinterpretaron en clave local lo que vivieron y recibieron en la capital francesa. El ejemplo paradigmático es el de Pablo Picasso, cuya fulgurante carrera pronto lo convirtió en el pintor más reconocido del siglo. Su obra, tan heterogénea, más que evolucionar al compás de cada etapa, hace evolucionar el arte al compás de sus propuestas conceptuales, técnicas y formales. Él es, junto a Georges Braque, el iniciador del cubismo. Él abandera el retorno al clasicismo en los años 20. Y él es, en fin, el maestro del arte moderno, con una obra que se situó fuera de categorías e, incluso, fuera del tiempo. Hoy mantiene una presencia y una influencia que se extiende al universo de referentes fundamentales de cualquier artista, diseñador y creativo visual del presente.

Pocos personajes de la historia del arte alcanzan la trascendencia de Picasso. Uno de ellos es, sin duda, Joan Miró, quien aúna muchos de los significados que sustituyeron al mediterraneismo: el cosmopolitismo experimental, la recuperación de lo popular y lo telúrico, la importancia de la palabra. Miró, que vivió la aportación vanguardista europea de primera mano gracias al contacto con los artistas que llegaban a Barcelona huyendo de la Primera Guerra Mundial, se dio cuenta de que el lenguaje del

Noucentisme ya no servía para explicar la realidad moderna: “estaba harto de toda esa gente que nos llenaba la cabeza con el Mediterráneo, el inocentismo, el equilibrio, la medida y todas esas historias. Yo no quería ser prisionero de esa mentalidad, con su aspecto inmóvil y muerto”. A partir de aquí, Miró genera una nueva visión sobre el mundo que le rodea, en el que combina la reflexión y la intuición, el conocimiento de primera mano con la representación desde las sensaciones y los sentidos. Su célebre cuadro *La casa de la palmera*, de 1918, es una celebración del detalle, de la nitidez y de la minuciosidad. Por encima de todo, es un lenguaje personal único, que abrirá la puerta a una evolución clave hacia formas sintéticas y puras. Sus geometrías simples y una paleta de colores básicos han acabado constituyendo, con el paso de las décadas, el corpus esencial de Barcelona y de su imagen proyectada. El mosaico mural del aeropuerto del Prat, la escultura *Dona i ocell*, el pavimento en el sector central de la Rambla o incluso adaptaciones comerciales como el imago tipo de La Caixa o la imagen identificativa de Turismo de España, son mucho más que piezas artísticas, son motivos-símbolo que han cimentado la dimensión visual de la ciudad.

Además de Picasso y de Miró, un tercer nombre completa ese podio del arte ligado al último siglo de Barcelona: Salvador Dalí. Cuando Dalí empieza su carrera, en los años 20, lo hace partiendo de las premisas noucentistas para abrazar pronto distintas direcciones, como la metafísica, el cubismo, el clasicismo y el surrealismo. Dalí centrifuga todas las influencias y las pasa por el filtro de su propia interpretación, incluso de su propia biografía. Es un creador único en el sentido literal de la palabra, ya que encarna por decisión propia la figura de genio, distante y excéntrico personaje con cualidades fuera de lo común. En este sentido, Dalí es precursor de la dimensión espectacular y mediática del arte, que acabará imponiéndose con el Pop Art, a partir de los años 60. Dalí comparte con Picasso y con Miró la apuesta individualista por la propia trayectoria, que tras la Segunda Guerra Mundial se aleja definitivamente de las corrientes dominantes; con todo, la brillantez de sus propuestas respectivas provocará confluencias puntuales con otras expresiones artísticas. Por ejemplo, el primitivismo de Picasso enlaza con el expresionismo cálido de la generación de Haring y Basquiat; Miró influye decisivamente en artistas tan dispares como Antoni Tàpies y Javier Mariscal, pero también en el geometrismo propio del diseño gráfico; y Dalí, con su realismo saturado de símbolos, se extiende a territorios lejanos, como el cine, la ilustración i el comic, la narrativa o la moda.

La ciudad física

¿Son reales esas formas que, recortadas en el azul del mar, explotan en el fragmento de Federico García Lorca? La evocación de Barcelona que hace el poeta –“palmeras, gentes de todos los países, anuncios comerciales sorprendentes, torres góticas y un rico pleamar urbano hecho por máquinas de escribir”– responde a una construcción cultural, en la que tienen mucho que ver las aportaciones del mundo del arte. La obra del mencionado Javier Mariscal es uno de los últimos exponentes del triunfo de ese imaginario mediterráneo tan poderoso. Mariscal lo representa desde la vertiente anárquica. Voluptuosidad, calidez, ilustración, trazo libre, energía, optimismo y alegría

de vivir bajo los pinares, cerca de las palmeras. Es una imagen subjetiva pero es cierto que también hay veracidad. Y un paseo por la Barcelona actual lo corroboraría.

El universo pictórico y gráfico de Mariscal enlaza, paradójicamente, con el espíritu visionario de un ingeniero y urbanista de la mitad del siglo XIX: Ildefons Cerdà. Fue el creador del Ensanche –“Eixample”, en catalán–, la más ambiciosa reforma urbana que ha experimentado Barcelona en su historia. 150 años más tarde, la aportación de Cerdà es uno de los motores más efectivos de la imagen contemporánea de la ciudad. El Eixample es una extensa retícula geométrica formada por una trama de calles y un conjunto de islas de edificios que fue proyectada desde la idea de regularidad y continuidad del espacio urbano. Su éxito radicó en un concepto fuerte y racional, que acabó produciendo una ciudad muy compleja y rica en matices, muy mezclada en un sentido funcional, y muy acogedora y abierta en cuanto a su morfología. La diversidad de soluciones del plan Cerdà, con su carácter compacto, sostenible, práctico y estético, hace una ciudad más amable, más vivible y más interesante. Barcelona, sin el Eixample de Cerdà, no podría tener hoy la pretensión de compararse con ciudades como París, Nueva York, Milán o Londres. Si preguntamos a cualquier barcelonés por su percepción arquetípica de la ciudad, por cómo aparece el esquema de Barcelona en su mente, es muy probable que piense en la estructura del Eixample. Es, como decíamos, cuestión de piel. Por cierto, en el corazón de este gran distrito, que hoy es juega el papel de centro de Barcelona a todos los efectos, Etienne Trochut abrió su primera imprenta en 1920.

Entre Cerdà y Mariscal, entre los orígenes caracterizados por la planificación visionaria, y la idealización que triunfa a partir de los años 1990, hay un siglo y medio marcado por una tensión constante. Una polaridad que fluctúa entre lo racional y lo aparente, entre el método y la imaginación desbordada. Orden y caos emergen como dos almas de un carácter complejo. Esta dualidad tan barcelonesa ha hallado en la arquitectura el mejor ámbito de expresión y de permanencia. El Modernismo de Antoni Gaudí, Domènech i Muntaner o Puig y Cadafalch, hoy convertido en imagen de marca de la ciudad en los mercados turísticos internacionales, llenó el Eixample de edificios influidos por el arte gótico y por las formas de una naturaleza misteriosa y exuberante. Su influencia se dilató en el tiempo extraordinariamente –de hecho, su obra más simbólica, la Sagrada Familia, todavía está en construcción– aunque provocó también la reacción opuesta, una arquitectura de corte neoclásico. Pero las muchas almas de Barcelona se han entrelazado con frecuencia. Un palacio del siglo XIV alberga las obras de Picasso y un edificio racionalista, creado en los años 60 por Josep Lluís Sert y plenamente alineado con los supuestos del movimiento moderno, conserva los colores y las formas puras de Miró.

Quizá el carácter barcelonés es esa noción de que todo puede ser válido si se sustenta sobre una base bien trazada, sea la cuadrícula del Eixample o la estructura reticular de una obra plástica. El orden geométrico como primera piedra para hacer fluir la libertad. Una contradicción aparente. Muchas veces diríase que Barcelona y sus capas creativas juegan aún hoy en ese terreno de paradojas.